

Qué fue lo que el Buda descubrió

Por Magnum Astron

LA CRUEL PARTIDA

La noche se hizo añeja; su morena majestad y sus solemnes horas impusieron el silencio. Guardias e invitados ya habían sido vencidos por el vino y el sueño los dominaba.

Sidarta se acercó a su esposa quien dormía plácidamente en un colchón de finas sedas y plumas de pavo real.

—Si beso a mi esposa puedo despertar al niño. Sintió el dolor más grande de su vida y las lágrimas corrieron en abundancia por su rostro; eran los ríos de su alma que se habían desbordado.



Más, con una voluntad inquebrantable que superaba el humano amor, se dirigió a donde Chana, su fiel cochero, y le dijo:

—Tráeme a **Kantaka**; haremos un largo viaje; llegaremos hasta el sitio donde se fabricó el dolor.

—Pero, mi señor, ¿cómo puedes aliviar el dolor causando más dolor? Tu padre no resistirá la pena, Yasodara morirá en vida y tu hijo no logrará conocer a su padre.

— ¡Chana! Tráeme a Kantaka —ordenó el príncipe y le reiteró—: El amor que brota del apego, las dulzuras y las conveniencias no es amor.

—Es muy fácil querer a una esposa por bella y buena, es muy fácil querer a un hijo porque es nuestra misma carne y es muy fácil querer a un padre porque nos brindó la vida.

—Pero es muy difícil querer a un mundo de seres a quienes no se conoce y nada le pueden dar a uno a cambio. El verdadero amor es aquel que se brinda a quien no se conoce y no exige nada por recompensa.

—Te aseguro, Chana, que nuestro destino es como el vivir de las nubes que se debaten en un eterno fluir de adioses y reencuentros.

—No te preocupes que si el amor nos une a todos en este mundo seguramente lo hará en el otro.



CHANA

Chana, el hombre alto y grueso, de fornidos brazos, capaz de matar a un tigre con sus manos de acero, sintió miedo y, tembloroso, llevó con cautela a **Kantaka**, el gigante y blanco corcel, hasta las puertas del palacio, y se dispuso, en su propio caballo, acompañar al príncipe en el largo viaje.

Cabalgaron por una senda umbrosa y húmeda hasta el amanecer. Chana no salía de su estupor; ambos no hablaban nada. De pronto el príncipe se bajó del caballo, Chana también lo hizo y le dijo:

—Desde que naciste te he cuidado como a un hijo; eres la razón de mi vida, Sidarta. Hubo silencio y en un fuerte abrazo se expresaron lo que sentían.

— ¡Regresa, Chana! Recibe mi caballo como herencia junto con sus valiosos atavíos de oro y joyas que estorban e incomodan al noble corcel; lo he querido como a un miembro de mi familia. Me duele abandonarlo, pero sé que la noche para convertirse en día tiene que perder sus estrellas. Kantaka ahora es tuyo.

Acto seguido el príncipe tomó su dorada espada de fino temple, se cortó sus largos y rizados cabellos y los entregó al cochero.

—Llévalos a mi padre y hazle comprender que cuando la flor desaparece aún queda su esencia y su perfume. Así, aunque mi cuerpo se aleje, mi alma estará siempre con ellos.

De pronto el príncipe se sorprendió. Chana estaba llorando y era imposible que algo pudiera hacer llorar al recio héroe en esta vida. Sorprendido, le preguntó:

— ¿Por qué lloras, poderoso guerrero?

— ¿Acaso me has visto alguna vez reír? —Le contestó Chana y agregó—: Todos los ojos no lloran el mismo día, pero todos lloran... y hoy me correspondió a mí. Dicen que el hombre vino para sonreír, pero más bien merece que de él se rían. —Terminó el fuerte hombre con su desahogo.

—No te aflijas, noble guerrero, el dolor depura el alma y cada lágrima enseña a los hombres una verdad. No hablaron más. Sidarta continuó a pie y Chana cumplió las órdenes de regresar.

Se dirigió al palacio llevando su pesada carga de tristezas; en el camino Kantaka se encabritó, rompió la cuerda que lo sujetaba y desapareció en busca de su amo **llevando consigo todos los atuendos reales, incluyendo el escudo de oro repleto de joyas, patrimonio de la encumbrada y real familia Sakia.**



Chana no logró alcanzarlo y banal fue su búsqueda.

Tuvo que regresar así, desvalido e impotente al palacio, quizás a encontrar la muerte a manos de un rey trastornado por tan honda pena. Un volcán de furia estallaría en su corazón al recibir los cabellos de su hijo amado.

Mas, a **Chana** ya nada le importaba. Su alma de roca se había resquebrajado en mil pedazos y ya no la quería para nada. Su corazón parecía un puño que daba golpes dentro de su pecho. Esto porque había perdido la oportunidad de defender a su príncipe y eso era lo que más le dolía.

En tanto Sidarta continuaba por un sendero de desolación e incertidumbre. Más adelante cambió sus costosas ropas bordadas con hilo de oro, por las de un pordiosero quien, de inmediato, quedó convertido en millonario.

Este último pasó de la humildad al orgullo en un segundo. ¡Qué frágil y cambiadiza es el alma humana!

UNA NUEVA Y DURA VIDA

Desde una suntuosa ventana, una mirada triste escrutaba el horizonte; por unos grandes ojos se quería salir un alma. Eran los ojos de Yasodara los cuales, sin parpadear, se perdían en lontananza.

Desde entonces en el palacio sólo se escuchaban respiraciones cortadas y apagadas palpitations. Quedaron reinando el oro y la tristeza, el lujo y la amargura. Por otra parte, maloliente e irreconocible continuó su rumbo incierto el hijo adorado del rey más poderoso del mundo.

Desde que los palacios temblaron cuando se supo la noticia fatal, **Yasodara** vistió ropas negras y nunca más dejó ver su rostro. El Rey ordenó buscar pie por pie en todas las comarcas a un príncipe. Los mejores jinetes buscaron al soberano, pero nadie se preocupó en buscar un mendigo.

Sidarta vagó por pueblos y veredas, atravesó campiñas y riberas sin encontrar nada de lo que buscaba; sucio, flaco, desnutrido, recogiendo sobras de alimentos que botaban por ahí, agotado por el frío, durmiendo a la intemperie en cualquier parte, cobijado por las estrellas.

El príncipe recorrió caminos sembrados de bambú; observaba los nidos de los pájaros y las guaridas de las zorras. Se detenía en peñascos donde rodaban aguas cristalinas que calmaban su sed y donde lavaba sus andrajosas vestiduras quedándose desnudo hasta que el generoso Sol se llevaba la humedad.

De noche escuchaba el aullido del lobo y, a veces, oía de cerca el rugido amedrentador de un tigre traicionero, pero sus agudos pensamientos eran altos como las estrellas que lo miraban impacientes.

—Más peligroso para el hombre —pensaba— es el deseo, la avidez, la envidia y la cólera. La ignorancia es la plaga por excelencia causante de todo dolor; la voluptuosidad es más mortal que el beso punzante de la culebra más venenosa.

—El que ceda a la lujuria la vera crecer como crece la lepra, como crece la enredadera gigante enrollándose en el árbol hasta que lo ahoga.

Sidarta siguió su camino sin descanso. Su cuerpo era sostenido más por la fuerza de su alma que por el alimento. Alzaba su vista para contemplar cómo se extendía el anchuroso cielo de la verdad —que todavía no podía alcanzar— y continuaba su paso.

Irreconocible entró en una ciudad donde los encumbrados sacerdotes brahmanes hacían, en la piedra sagrada de las ofrendas, cuanto sacrificio de animales podían para calmar la ira de los dioses y recibir tributos de sus fanáticos fieles. Habían erigido templos sobre los cimientos del miedo y se enriquecían vendiendo el cielo. Sidarta se acercó a ellos y les dijo:

— ¿Qué amor puede experimentar aquel que destruye una vida para tratar de remediar sus malas acciones? — ¿Cómo puede expiarse un crimen con un asesinato? ¿Cómo va a borrar el verdugo de una víctima inocente el mal de los hombres?

Al oír esto el recio guardián que protegía a los sacerdotes se le acercó y secretamente lo amenazó. Con su voz cortante como el filo de su espada, le dijo:

— ¡No te das cuenta que te encuentras ante un hombre que es capaz de atravesarte el corazón con la espada sin necesidad de espabilar. Si sigues hablando!

“El mendigo” respondió: — ¿No te das cuenta que te encuentras ante un hombre que es capaz de dejarse atravesar el corazón con una espada sin siquiera parpadear... por decir la verdad?

—De inmediato Sidarta pensó —: El arma es mortal pero lo increado reside en mí; además, es mejor morir por algo que vivir para nada.

El guardia se retiró vacilante; nunca se había encontrado ante un hombre que no le demostrara miedo. Sidarta terminó diciendo:

—Quien mata amparado en un dios que le da permiso y gusta de la sangre, que primero revise la clase de dios que le permite ser asesino. Además—terminó diciéndoles—:

— ¿Cómo puede alguien bendecir un alimento si éste es el cadáver putrefacto de un animal que fue víctima de un horrendo y brutal martirio?

Los brahmanes se retiraron malhumorados porque no encontraron razones para contradecir aquel mendigo despreciable.



Luego se refugiaron en sus flamantes templos para practicar los ritos cotidianos.

De inmediato los fieles aprovecharon para hacer un festín con los cadáveres que habían quedado del “piadoso” sacrificio a los dioses. Sidarta continuó su camino y pensaba:

—Los ritos no tienen eficacia alguna. Más que una pérdida de tiempo constituyen un culto a la arrogancia, son vanas repeticiones de palabras, movimientos y hechizos sin sentido.

—Con mantos de colores y desafinados cantos carentes de virtud, tratan de comprar la gracia de los dioses de barro, que ni ven ni oyen, no entienden ni obran.

—Quienes tratan de comprar el cielo con dinero se pueden alma.

—Quienes dan dádivas y temen a los dioses, que ellos mismos han inventado, se comportan como fabricantes de mascarás que se asustan cuando ven una.

—Si los hombres vieran el resultado de sus erradas acciones, el terror y el espanto que les causaría los haría dejar todo y dedicar su tiempo por entero a encontrar la forma de parar el impulso que los está arrastrando a mundos de dolor y torturas indescriptibles.



—Lo único que los hombres no se roban es el sufrimiento... pero lo brindan en abundancia.

—Deberían saber que el verdadero sacrificio consiste en dejar de lado la práctica de asesinar animales para comer sus cadáveres.

—La verdadera purificación es no convertir sus estómagos en cementerio de esqueletos y el verdadero canto es no hacer de sus bocas anfiteatros sangrientos de carne putrefacta.

—Dentro del hombre hay una gigantesca serpiente devoradora: Es el intestino que tiente, traiciona y... Castiga.

—La mejor religión es no hacer el mal. Puesto que, quien no quiere los sufrimientos para él mismo, no los haga a otras criaturas que también sienten igual, quieren sus vidas y sienten terror al perderla.

Cuando Sidarta terminó su reflexión, se alejó. La paloma sideral de su pensamiento volaba sin cesar sin encontrar un mundo donde no hubiese el dolor para posarse.



